

LOS CAPITULOS FINALES DE LA TERCERA PARTE DE LA CRONICA DEL PERU DE PEDRO DE CIEZA DE LEON

Carmelo Sáenz de Santa María

Hace años que el distinguido investigador peruano Rafael Loredó publicó los capítulos, que estaban en su poder, de la Tercera Parte de la Crónica del Perú de Pedro de Cieza de León; y hace tiempo también que la publicación quedó interrumpida, sin que hasta ahora se haya podido completar.

Al dar en la biblioteca del Patronato Menéndez y Pelayo con algunos de los capítulos que quedaban por editar, he juzgado oportuno hacer participe al público culto de este hallazgo que espero poder completar más adelante.

Se trata de los capítulos LXXXVI a XCV de la mencionada Crónica que se guardan entre los papeles de Marcos Jiménez de la Espada; don Marcos había ido transcribiendo, capítulo a capítulo, la Tercera Parte, de un manuscrito que entonces era propiedad de José Sancho Rayón; lo transcribe y lo corrige o completa, teniendo siempre cuidado de poner entre paréntesis lo que es suyo frente a lo que procede del manuscrito que emplea. Por el momento no he dado con el resto de los capítulos que don Marcos transcribió, pero me atrevo a asegurar que esta transcripción sirvió a Loredó para los capítulos de la Tercera Parte que fue publicando durante su vida, ya que presentan las mismas correcciones y añadiduras que los folios de Jiménez de la Espada.

Espada incluyó los capítulos LXXXVI, LXXXVII y XCI en el último apéndice del volumen IV de sus Relaciones Geográficas de Indias; entre sus papeles se conserva la lección entera del capítulo LXXXVI que sólo incompletamente apareció en las Relaciones; también están naturalmente los otros dos capítulos. He juzgado conveniente presentar en su integridad el capítulo LXXXVI y reeditar los capítulos LXXXVII y XCI a la vista del mismo manuscrito, porque de esta manera se pueden leer en el lugar que Cieza les dio, dentro de los capítulos finales de esta Tercera Parte.

Transcribo a continuación —a modo de índice— los capítulos que voy a presentar, con su numeración correlativa.

Capítulo LXXXVI De como queriéndose hacer fundición en los Re-

yes, se aguardó a que Hernando Pizarro llegase; y cómo salió del puerto el obispo de Tierra Firme, y otros que estaban ricos.

Capítulo LXXXVII De como Alonso de Alvarado salió de Trujillo para poblar una ciudad en los Chachapoyas.

Capítulo LXXXVIII De como siendo teniente el capitán Juan Pizarro en el Cuzco, el rey Mango Inga Yupangue, aborreciendo el mando que los cristianos tenían sobre ellos, procuró de salirse de la ciudad para moverles guerra; y fue tomado por dos veces y puesto en cadenas.

Capítulo LXXXIX De como matando un español, se encastillaron en un peñol los que lo mataron con su cacique; y de lo que pasó hasta que se tomó el peñol.

Capítulo XC De como se hizo fundición en los Reyes; y Hernando Pizarro procuró se hiciese el servicio dicho a su majestad, e de su partida del Cuzco; e salida del gobernador a visitar las provincias setentrionales.

Capítulo XCI De lo que le sucedió al capitán Alonso de Alvarado en su conquista de los Chachapoyas.

Capítulo XCII De como Almagro envió al capitán Saucedo a castigar los indios que mataron tres cristianos; y la dieron de presente más de noventa mil pesos; y Villahoma se huyó; y de lo que más pasó.

Capítulo XCIII De como yendo Almagro descubriendo, llegó a unos puertos de nieve: donde pasó grande trabajo su gente.

Capítulo XCIV De como Rodrigo Orgonez salió del Cuzco; y lo que le sucedió hasta llegar al valle de Copayapo.

Capítulo XCV De como Juan de Rada salió del Cuzco llevando las provisiones de Almagro; e lo que le sucedió hasta que llegó al valle de Copayapo donde se juntó con Orgonez.

Relación de estos capítulos con sus correspondientes en Herrera

Es un hecho suficientemente conocido que don Antonio de Herrera y Tordesillas incorporó en sus Décadas la casi totalidad de la obra de Cieza de León; no fue excepción la Tercera Parte; Herrera emplea el manuscrito de Cieza como núcleo de su relato a lo largo de las Décadas tercera a quinta de acuerdo con la distribución siguiente: libros 3, 6, 8, 10 de la Tercera; libros 2, 3, 6, 7, 9 de la Cuarta; y libros 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 10 de la Quinta.

Los capítulos que presento corresponden a los libros 7, 8 y 10 de la Década quinta. Herrera se aparta una sola vez del orden cronológico de Cieza: es el caso de la expedición de Alonso de Alvarado a los Chachapoyas en que Herrera divide el texto de los capítulos de Cieza en dos capítulos consecutivos, alterando no sólo el orden externo sino también el interno. En esta trasposición Herrera se siente obligado a excusarse de cara a sus lectores, como si estos fueran a pedirle cuentas de su atrevimiento: "Por no dividir

—escribe en su capítulo XII, libro séptimo, década quinta— esta pacificación que hizo Alonso de Alvarado... en diversos lugares, aunque sucedió en varios tiempos, he acordado de ponerlo todo en este lugar...” Excusa que valdría para el trastrueque interno a que somete la relación de Cieza, más que para cambiar el puesto del capítulo XCI, que en el mismo Cieza pudiera estar perfectamente tras el LXXVIII.

Precisamente los tres capítulos que Herrera dedica a la expedición de los Chachapoyas —que son los capítulos décimo, undécimo y duodécimo de su libro séptimo— son los que presentan más variantes frente al texto de Cieza; los demás capítulos: primero, segundo y tercero del libro octavo; y primero, segundo, tercero y cuarto del libro décimo, se corresponden casi exactamente en título y en contenido con los capítulos de la Crónica de Cieza.

Voy a detallar esquemáticamente estas variantes:

década quinta, libro séptimo, capítulo décimo: corresponde al capítulo LXXXVI de Cieza: suprime primero y cuarto párrafos (introducción y biografía de Alonso de Alvarado) y añade un párrafo sobre bailes populares.

década quinta, libro séptimo, capítulo undécimo: primer párrafo del capítulo LXXXVII, los siguientes del capítulo XCI.

década quinta, libro séptimo, capítulo duodécimo: lo restante del capítulo LXXXVII de Cieza.

década quinta, libro octavo, capítulo primero: primer párrafo del capítulo XC y del capítulo LXXXVIII.

década quinta, libro octavo, capítulo segundo: párrafos restantes del capítulo LXXXVIII y entero el capítulo LXXXIX.

década quinta, libro octavo, capítulo tercero: capítulo XC de Cieza.

década quinta, libro décimo, capítulo primero: primer párrafo del XCII.

década quinta, libro décimo, capítulos segundo, tercero y quinto: coinciden con los capítulos correspondientes XCII, XCIV y XCV.

Espada declara, en su copia, que aquí terminaba el manuscrito de Cieza; Herrera se encontró en situación semejante, ya que se produce un hiato en la relación, que rellena con capítulos tomados de la Primera Parte de la Crónica de Cieza; y no vuelve a tomar el hilo de su historia peruana hasta que puede servirse en la década sexta, libro segundo, capítulo primero, de la guerra de las Salinas de nuestro Cieza de León.

Madrid, junio 1974.

Carmelo Sáenz de Santa María
Instituto Fernández de Oviedo, C.S.I.C.

CAPITULO LXXXVI

De cómo queriendose hacer fundición en los Reyes se aguardó a que Hernando Pizarro llegase; y cómo salió del puerto el obispo de Tierra Firme y otros que estaban ricos

En este tiempo cuentan que se había recogido muy gran tesoro en la ciudad de los Reyes, porque como había en las provincias mucho y los señores naturales no tuviesen tasa de lo que hubiesen de tributar, procuraban de regularlos de tal manera que no les quedasen cejas ni pestañas. Había mandado el gobernador que se hiciera fundición porque no se disminuyesen los quintos reales: y esta nueva supo Hernando Pizarro que venía con toda priesa a se hallar presente. Escribió con posta a su hermano *lo* entretuviese (1) hasta que se viesen; hizose así y Hernando Pizarro con los caballeros que le venían acompañando llegaron cerca de la ciudad y fueron muy bien recibidos, así del gobernador como de todos los vecinos e más españoles que estaban en la ciudad. Antes de esto llegó fray Miguel de Orense (2), comendador de nuestra señora de la Merced, y pidiendo lugar fundó el monasterio que hay de esta orden. El obispo de Tierra Firme había alcanzado con el cabildo que la ciudad se tornase a trazar de manera que la plaza quedara más en medio: porque la iglesia tenía poco lugar si se había de hacer grande. No se concluyó ni pudo acabar, y por haber sido esta tan rica provincia y haber hallado los mayores tesoros que se han visto en el mundo, tuvieron los que al principio en ella entraron poco cuidado de adornar los templos: que habían de estar fundados de oro y plata, tener tales servicios y ornamentos que fueran mentados en todas partes, y aunque no tuvieran, para hacer esto, otro en ejemplo sino miras que los indios con ser idólatras tenían los suyos tan ricos y tan llenos de vasijas de oro y plata y piedras preciosas como saben los que lo vieron, sin adorar allí sino a sus dioses e demonios; e para tener el sacramento y predicar el evangelio se hacía en casas de paja. E si en esta ciudad se ha hecho algo ha sido después que es obispo don Jerónimo de Loaisa: bien miran los indios en esto y en que ven hacer al revés todo lo

1 *el* en ms.

2 *Orenes* en ms.

que les predicán, cuando tratan en su conversión. Y por ventura Dios todopoderoso habrá por esto, o por otras cosas, que adelante apuntaré, permitido lo que ha pasado en los castigos que con su brazo de justicia ha hecho: que si bien se considera es para recibir espanto. Apunto esto porque será justo, que pues tantas torres e terrados se hacen para aposentos de los que en ellos moran, que se acuerden que todo lo que tienen se lo ha dado Dios y que será bien que sus templos se engrandezcan, y hagan de tal manera que los indios no digan lo que sobre ellos han dicho.

El obispo de Tierra Firme, después de haber estado algunos días en los Reyes, determinó de se volver a su obispado, publicando primero que los hombres de aquesta tierra eran muy cautelosos e de poca verdad, porque veía (3) que como unos de otros estuvieren ausentes se detractaban e murmuraban, y estando juntos se adulaban extrañamente e con gran fingimiento. Algunos hubo, que como estuviesen ricos, pidieron licencia al gobernador para se ir en España; entre los cuales fueron el capitán Hernando de Soto, Tello de Guzmán, don Luis / . . . /, el doctor Loaisa, a los cuales Pizarro mandó proveer de lo necesario, habiéndoles dado primero a los más de ellos, cantidades de oro e plata. Al obispo quiso hacer algún servicio de estos metales, no lo quiso recibir ni tomar, si no fue una caja de cucharas de plata que podían valer poco más de dos marcos de ella. Pizarro le rogó pues que de él no quería recibir ninguna cosa, llevase a su cargo para el hospital de Panamá seiscientos castellanos, e para el de Nicaragua cuatrocientos; y él y los más de los vecinos lo acompañaron hasta la mar.

Juan de Herrada e Benavides estaban en la ciudad haciendo gente. Habían de llevar consigo, el Juan de Herrada, al hijo de Almagro. Dióles prisa Pizarro en la salida porque alcanzasen al adelantado antes que estuviese muy metido la tierra adentro. Volviendo a tratar de Hernando Pizarro, el gobernador recibió en su visita mucho contentamiento: hablaron en secreto lo que le había pasado en España; e cómo lo recibió su majestad, y cómo no se pudo excusar el traer la gobernación a don Diego de Almagro, mas que el emperador le añadía setenta leguas de costa adelante de las doscientas que tenía la gobernación donde a razón entraba el Cuzco e lo mejor de las provincias.

Había salido de Trujillo, Alonso de Alvarado, acompañado de Alonso de Chaves, Francisco de Fuentes, Juan Sánchez, Agustín Díaz, Juan Pérez, Casas (4), Diego Díaz y otros, que por todos eran trece, camino de los *Chachapoyas*. Llegaron a *Cochabamba*, donde fueron bien recibidos de los naturales, porque de toda la comarca vinieron por los ver. Alvarado no consintió hacelles ningún daño ni enojo; habló a los caciques e señores, su

3 veían en ms.

4 Pérez de Guevara (Jx. E).

venida ser a tener noticia dellos de lo de adelante; y a les hacer saber cómo volvería brevemente con muchos cristianos e les daría a todos noticia de nuestra sagrada religión; porque para se salvar (5) no habían de adorar en el Sol ni en estatuas de piedra, sino en Dios Todopoderoso, criador universal de cielo, tierra y mar, con todo lo demás. Espantáronse los indios con oír estas cosas; oíanlas de gana; dijeron que se holgarían de ser cristianos y recibir agua de bautismo. Juntáronse ellos y sus mujeres en la plaza; hicieron un baile concertado a su usanza (6); venían enjaezados con piezas de oro e plata, de todo hicieron un montón y lo dieron a Alvarado; el cual, como en ellos vió tan buena voluntad, habló a los españoles que con él habían ido, para que dellos se quedasen en aquella tierra hasta que él volviese con más gente para poblar e repartir. Holgaron dello, y él, después de haber hablado largo con los señores y tomado dellos noticia de la tierra de adelante y esforzándolos en el amistad de los españoles, volvió a *Trujillo*, de donde no paró hasta la mar a informar al gobernador de lo que pasaba; el cual fue contento que pudiese poblar en aquella comarca una ciudad de cristianos, habiendo por bien que se quedase con el oro e plata que le habían dado, para ayuda de la jornada.

Este Alonso de Alvarado es natural de Burgos, de gentil presencia y gran autoridad y que ha sido muy señalado en este reino, porque se ha hallado en todos los negocios importantes, siempre en servicio del Emperador; y en tiempo andando, concluída la guerra de *Chupas*, le hizo merced de título de mariscal y de un hábito de Santiago, según que la historia lo dirá. El cual, como tuviese grande esperanza de hacer buca hacienda en la provincia de los Chachapoyas, se despidió de Pizarro e volvió a *Trujillo*, donde procuró hacer gente e caballos para volver a ella (7).

CAPITULO LXXXVII

De cómo Alonso de Alvarado salió de Trujillo para poblar una ciudad en los Chachapoyas

Pocos días estuvo en *Trujillo* Alonso de Alvarado cuando salió con los caballos e peones que pudo juntar para la población e conquista que iba a hacer, y anduvo sin parar hasta que llegó a *Cochabamba*, donde había dejado los cristianos que en el capítulo pasado dije. Mandó que todos los

5 saber en ms.

6 Herrera añade un párrafo sobre bailes (V, 7, X).

7 Aquí concluye Herrera su V, 7, X.

que con él se habían juntado saliesen en público, porque quería ver cómo estaban armados los peones. Demostraron con rodelas y espadas o ballestas e sayos cortos colchados recios, provechosos para la guerra de acá; sus caballos con sus lanzas e morriones y otras armas hechas de algodón. Dió cargo a un Luis Valera de los ballesteros. Los indios, como lo vieron volver con tanta gente y conociendo lo que todos: que los españoles son molestos; a los más pesaba porque salió verdad lo que se había dicho. Asegurólos lo más que pudo. De Cochabamba para Levanto (8), donde después se pobló el pueblo, como diremos. Supo cómo los moradores, de las provincias lejanas y apartadas de allí se habían indignado con los que lo eran de las tierras por donde él había andado, porque les habían dado favor (9); y estos de Levanto le importunaron les diese algún favor, para salir contra unos destos que tenían por enemigos, que venían a les robar sus campos y heredades, naturales de una tierra que llamaban Longia e Xunbia (10). Holgó Alvarado dello, y a Rui Barba de Coronado mandó que con algunos fuese en ayuda de los indios sus confederados, los cuales ya estaban juntos e puestos a punto con sus armas; e fueron hasta una fuerza llamada Quita, donde estuvieron algunos días. Los que venían de guerra supieron de su estada en el fuerte; vinieron contra ellos a tener batalla; salieron los cristianos con los caballos, que los espantaron de tal manera, que volvieron las espaldas. Fueron los nuestros siguiendo hasta que se vieron en grande aprieto, que fue, que estando la yerba seca del estío (11) e muy alta, pusieron fuego y los cercaron. Hacía viento; andaba el fuego tan temeroso, que pensaron perecer; no lo podían apagar ni salir dél; reíanse los enemigos; con esta ayuda pensaron matarlos. Rui Barba con otro que había por nombre Pero Ruiz, con sus caballos, salieron por un cabezo, y no tan ligeramente que no fuese rodando por el de yuso el caballo de Pero Ruiz a vista de los indios y cristianos. Rui Barba encomendóse a Dios; acometió a todo el poder de ellos; viniendo luego sus amigos, que les tiraban muchos dardos y jaras, y los apretaron tanto que los hicieron huir; habiendo ya remediado el fuego, de manera que sin peligrar, salieron los que estaban en él.

Supo Alvarado este suceso; partió con los que con él habían quedado hasta entrar en la provincia de Langua (12), donde procuró tratar paz con los naturales monestándoles quisiesen tenerla con él. Conociendo que les estaba bien, vinieron en ello. Y como hubo asentado aquella tierra, partió a otra provincia que está hacia la parte de Levante, llevando muchos de sus confederados para que le ayudasen, llamada Charrasmacel (13), don-

8 *Levante en Herrera, V, 7, XI.*

9 *Herrera no sigue aquí el orden de Cieza, V, 7, XI.*

10 *Longiyamba en Herrera V, 7, XII.*

11 *cerca del astio en ms.*

12 *Longua en Herrera V, 7, XII.*

13 *Charasmal en Herrera, V, 7, XII.*

de, como llegó, asentó el real en un llano de campaña, cerca de otra tierra llamada Gomara, donde vivían unas gentes belicosas, y que para entre ellos se tenían por muy valientes; e no solamente no habían querido salir de paz a los españoles, mas antes burlaban de los que la habían hecho; blasonando de altivez (14), mostrábanse tan feroces, que ya les parecia tener en su poder a los caballos y cristianos. El capitán, no deseando derramar sangre, les envió mensajeros, para que le viniesen a ver, prometiendo de los de no enojar a ninguno de ellos. No bastó su diligencia, que fue causa que luego mandó a Juan Pérez de Guevara que con veinte españoles partiese para dar guerra a aquellos que no querían paz. Tuvieron aviso de los mismos indios que andaban con los cristianos, los cuales les aconsejaron que no aguardasen a los que iban contra ellos, porque iban muy airados; temieron luego el negocio, porque ya veían que estaban cerca el cortar de las espadas, y con muy gran cobardía desampararon sus propias casas y fueron huyendo de solos veinte cristianos que contra ellos iban; los cuales, como no hallasen indio ninguno aunque los buscaron diligentemente, volvieron a dar aviso al capitán; el cual partió luego para un pueblo llamado Charrasmal, donde le salieron de paz los naturales, holgándo de tener confederación con los españoles.

Y pasados algunos días, Alvarado salió descubriendo a la parte de Levante todo lo que más podía de aquellas comarcas; pasó por un páramo frío y yermo, donde estaba un pueblo pequeño, donde supo cómo la tierra adentro había grandes pueblos y muy poblados, los cuales unos con otros habían hecho liga para le dar guerra. Alvarado procuró, como esto oyó, de los atraer blandamente a la sujeción de los españoles, y así hizo luego mensajeros partiendo él con los españoles hasta llegar al pueblo de Cocax (15), donde los moradores habían salido huyendo por miedo de los caballos. Súpolo Alvarado; mandó a tres españoles que se pusiesen en salto por algún camino e procurasen de tomar los indios que pudiesen para guías, la noche estuvieron en vela sin poder tomar ninguno, volvieron al real. Aquella tierra es muy poblada y los Ingas siempre tuvieron gente de guarnición, porque es la gente esforzada. Como veían que los españoles andaban por ella contra su voluntad y que aquel asolutamente se hacían señores de todo, como si por herencia les viniera, bramaban de enojo; mostrándose muy animosos, se juntaban armados como ellos usan, a les dar guerra, menospreciando la paz prometida; confiaban en la muchedumbre dellos y en ser tan pocos los cristianos, y que el camino que tenían era por laderas y sierras altas y algunos valles hondables; pusieron velas por todas partes para salir cuando estuviesen cerca. Alvarado tenía de todo aviso marchaba con

14 *del al Rez en ms.*

15 *Coxcon en Herrera, V, 7, XII*

buena orden; supo que los indios se habían puesto en una bien alta sierra por donde salía el camino, para ser señores de lo alto. Como llegó al pie de la sierra, mandó a Pedro de Samaniego que con treinta españoles tomase el lado o delantera de la sierra, y a Juan Pérez de Guevara con otros treinta; los amigos confederados, que eran más de tres mill, en otras partes para acometer a los enemigos, cuyo capitán principal se llamaba Gueymaquemulos (15a), los caballos prosiguieron por el camino real, yendo en elanguardia Valera con ciertos ballesteros. Supieron los enemigos la división de los españoles; un capitán dellos, llamado Ingocomete (16), comenzó de animar su gente, esforzándolos a la pelea con grandes voces que daba. Como le oyeron, comenzaron de abajar contra los nuestros, estando gran cantidad dellos juntos, y de los primeros tiros hirieron el caballo de Alvarado y le pasaron con un dardo de palma, sin tener hierro, el arzón delantero de parte a parte; mas ya el capitán de los caballos, que con él estaban, los seguían de tal manera, que mataron algunos dellos, y los demás, con muy gran turbación, comenzaron de huir, haciendo lo mismo los que estaban en aquellos lugares de la sierra por donde fueron Juan Pérez de Guevara y Pedro de Samaniego.

Quedando el camino seguro, los españoles se juntaron los unos y los otros, trayendo los amigos el bastimento que hallaban en la comarca, destruyendo lo que hallaban hasta quemar las casas, que fue tanta la desesperación para los naturales, que ellos mismos ruinaron sus campos y pueblos quejándose a Dios de los cristianos, pues estando en tierras tan lejanas habían venido a los destruir totalmente. Alvarado, como vio el gran daño, pesóle; deseaba que se tomasen algunos de aquellos indios, para les persuadir no fuesen locos ni ellos mismos se hiciesen tal guerra; para lo cual llamó a un cuadrillero, llamado Camacho, que con cuarenta españoles y quinientos o mill amigos fuese a lo procurar. Habían partido de otra provincia, llamada Hashallao, cantidad de cuatro o cinco mill hombres de guerra, para dar favor a los que ya habían sido desbaratados; encontraron a los españoles con ellos; requirieronlos muchas veces con la paz, no bastó. Fue causa que los nuestros moviesen contra ellos, yendo delante con las ballestas Antonio de la Serna, Juan de Rojas, Antonio de San Pedro, Juan Sánchez, y como lanzasen dellas algunas jaras, haciendo daño en los indios, se espantaron de novedad tan extraña, huyeron; porque luego se acobardan si no ven ganado el juego (17). Fueron los españoles siguiéndolos. Habían acudido de la tierra algunos indios a se juntar con los otros, y dello fue nueva al capitán; mas como mandó salir algunos caballos en su favor, volvieron las

15a *Guaquemila en Herrera V, 7, XII.*

16 *Igamda en Herrera V, 7, XII.*

17 *sino vengando en ms.*

espaldas y con mayor prisa huyeron. Los cristianos durmieron aquella noche en el lugar más seguro, y otro día se juntaron con Alvarado.

De Trujillo habían venido en su busca algunos españoles para se hallar en aquella conquista. Salieron de aquel lugar: la tierra estaba arrasada, faltando bastimento; mandó el capitán a Balboa que con algunos españoles e indios de los amigos fuesen a un pueblo llamado Tonche, a recoger bastimento. Los indios de guerra, puesto que habían sido requeridos con la paz por parte de Alvarado, no habían querido volver a poblar sus tierras, antes andaban en cuadrillas por los altos, tratando mal de los españoles, llamándolos de ladrones y otros nombres feos; el cual determinó de salir en persona a los buscar; e fueron puestos a punto cuarenta rodeleros y ballesteros, con que salió, llamando los indios amigos que convino, en su ayuda.

Caminando por una tierra fría y áspera anduvieron todo (18) un día sin poder topar cosa ninguna. La noche les fue forzado pasar la ribera de un río en un verde prado, donde, venido el día, partieron hacia un río grande; mas no habían andado media legua cabal, cuando oyeron dar grandes gritos, a los cuales fueron algunos de los españoles de los que eran más sueltos y hallaron que un escuadrón de los naturales andaban de guerra y tenían grita con los más de sus amigos y confederados, estando de la otra parte del río. Como llegaron los cristianos, huyeron sin más aguardar. Siguiéronlos, quedando el capitán aguardando a que volviesen del alcance, que duró hasta que metieron a los enemigos por unas estrechuras, donde temiendo no quedar en poder de los españoles, ellos se tomaban la muerte temerariamente, porque se echaban en el río e salían de la otra parte con gran ventura los que sabían nadar; los demás fueron ahogados. Había entre los cristianos uno llamado Prado, que entendía algo de la lengua; amonestaba a los que estaban de la otra parte del río no fuesen locos en andar, como andaban, de collado en collado como huanacos, trayéndolos el diablo engañados, por les llevar las almas; que dejasen las armas y saliesen al capitán como amigos y que los trataría con mucha benignidad. Respondió un capitán, que se decía Xodxo, que no estaba entrellos su cacique, a quien debían enviar su embajada, porque en su mano estaba la paz o la guerra. Con esto se juntaron con Alvarado, que aguardándolos quedaba donde se dijo, de donde partieron luego. Descubriendo por aquella parte la provincia, les tomó un agua acompañado de truenos e relámpagos, que les dió mucha fatiga. Ya habían gastado lo que habían sacado en las mochilas, tenían hambre; remedióla un yucal que hallaron, donde se dieron buena maña a arrancar y comer de aquellas raíces. Durmieron en dos casas de paja yermas; parecióle a Alvarado que sería buen consejo volverse al real, pues no topaba con la gente de guerra ni podía traerla de paz.

Apercibiendo luego a Pedro de Samaniego que con cuarenta españoles de espada, rodela y ballesta y algunos amigos fuesen a la provincia de Chilio (19), que estaba rebelde, e procurase de hacer la guerra a los naturales con todo rigor. Partieron del real con esta determinación; caminaron por una sierra alta y llena de monte; hubieron aviso dello los indios cómo iban a su tierra, nueva tan temerosa que sin osar aguardar en los pueblos los desamparaban, dejando las casas yermas. Llegaron los cristianos a uno destes lugares, que era del señor principal, llamado Conglos, donde hallaron mucho bastimento y algunas manadas de ovejas y' aves. Los amigos, que pasaban de dos mil, hicieron cargas de lo que pudieron para llevar al real, destruyendo lo que ellos querían. Habían quedado por los cabezos algunos indios de los que habían desamparado el pueblo, y como vieron la destrucción que se hacía en sus haciendas, llenos de dolor e ira, dieron mandado a sus capitanes, los cuales juntaron más de cuatro mil indios hombres de guerra, e puestos en lugares por ellos escogidos y muy sabidos, aguardaron a los cristianos y sus amigos, que ya salían por ellos. Los indios que iban cargados de bastimentos huyeron como liebres, dejando solos a los cristianos; los cuales, como oyeron la gríta y estruendo tan grande que daban los énemigos, movieron para ellos; e después de haber muerto y herido a muchos dellos con las ballestas y espadas, los demás huyeron, dejando a los nuestros bien cansados y con no más daño que una herida que dieron a uno en el brazo; y como mejor pudieron dieron la vuelta e se juntaron con Alvarado (20).

CAPITULO LXXXVIII

De cómo siendo teniente el capitán Juan Pizarro en el Cuzco el rey Mango Inga Yupangue aborreciendo el mando que los cristianos tenían sobre ellos, procuró de salirse de la ciudad para moverles guerra: y fue tomado por dos veces y puesto en cadenas

En este tiempo pasó lo que será bien que la historia trate: es que habiendo quedado por teniente y justicia mayor del Cuzco, Juan Pizarro, hermano del gobernador, estaba en la ciudad el rey Mango Inga Yupangue, hijo de Huayna Capac, a quien Pizarro favoreció para que hubiese la borla; y los naturales le temerían y estimarían en mucho como a verdadero señor suyo, heredero legítimo del gran reino que los incas sus padres habían ga-

19 *Chillao en Herrera V, 7, XII.*

20 Aquí concluye Herrera su V, 7, XII.

nado; y Villahoma o Paulo con otros principales. Y habiéndose pasado algunos días que Almagro era partido, el inga secretamente mandó llamar a muchos de los señores naturales de las provincias de Condesuyo, Andesuyo, Collasuyo y Chinchasuyo, los cuales disimuladamente vinieron a su mandado y se hicieron grandes fiestas entre ellos y los orejones; y juntos todos, Mango Inga les propuso esta plática: "Héos enviado a llamar para en presencia de nuestros parientes y criados deciros lo que siento sobre lo que estos extranjeros pretenden de nosotros para que con tiempo y antes de que con ellos se junten más, demos orden a lo que a todos generalmente conviene. Acordáos que los ingas pasados, mis padres, que descansan en el cielo con el sol, mandaron desde el Quito hasta Chile haciendo a los que recibían por vasallos tales obras que parecía que eran hijos salidos de sus entrañas, no robaban ni tomaban sino cuando convenía a la justicia, tenían en las provincias la orden y razón que vosotros sabéis. Los ricos no conocían soberbia, los pobres no sentían necesidad, gozaban de tranquilidad, paz perpetua; nuestros pecados no merecieron tales señores antes fueron ocasión que entrasen en nuestra tierra estos bárbaros siendo la suya tan lejana de ella, predican uno y hacen otro, todas las amonestaciones que nos hacen lo obran ellos al revés. No tienen temor a Dios ni vergüenza, trátanos como a perros, no nos llaman nuestros nombres: su codicia ha sido tanta que no han dejado templo ni palacio que no han robado, mas no les hartaran aunque todas las nieves se vuelvan oro y plata. Las hijas de mi padre con otras señoras, hermanas vuestras y parientas, tiénelas por mancebas, y hánse en esto bestialmente. Quieren repartir, como han comenzado, todas las provincias, dando, a cada uno de ellos, una, para que siendo señor la pueda robar. Pretendían terneros tan sojuzgados y avasallados que no tengamos más cuidado que de les buscar metales, proveerlos con nuestras mujeres y ganados; sin esto han allegado a sí a las yanaconas y a muchos mitímaes. Estos traidores antes no vestían ropa fina ni se ponían llauto rico, como se juntaron con éstos trátanse como ingas: ni falta más de quitarme la borla; no me honran cuando me ven, hablan sueltamente porque aprenden de los ladrones con quien andan. La justicia y razón que han tenido para hacer estas cosas y lo que eran estos cristianos: miradlo! Pregúntoos yo: dónde los conocimos, qué les debemos, o a cuál de ellos injuriamos para que con estos caballos y armas de hierro nos hayan hecho tanta guerra. Atabalipa mataron sin razón, hicieron lo mismo de su capitán general Chalicuchima, Rumiñahui, Zopezopahua; también los muertos en Quito en fuego porque las ánimas se queman con los cuerpos y no puedan ir a gozar del cielo: páreceme que no será cosa justa y honesta que tal consintamos, sino que procuremos con toda determinación de morir sin quedar ninguno, o matar a estos enemigos nuestros tan crueles. De los que fueron con el otro tirano

de Almagro no hagais caso, porque Paullo e Vilahoma llevan cargo de levantar la sierra para los matar”.

Ahimache, que fue criado de Mango Inga, y lo es ahora de Juan Ortiz de Zárate, me contó lo que tengo escrito; entre otras cosas que me ha dicho, y es de buena memoria y agudo juicio. Los que oyeron a Mango Inga comenzaron de llorar respondiendo: “Hijo eres de Guaina Capac, nuestro rey tan poderoso, el sol y los dioses todos eran en su favor, para que nos libres del cautiverio que sin pensar nos ha venido, todos moriremos por servirte”.

Dichas estas palabras y otras, se determinó por todos los que allí se hallaron que el mismo Mango Inga, disimuladamente sin que los cristianos lo supiesen, procurase de salirse del Cuzco y ponerse en lugar seguro y conveniente para donde todos se juntasen. Mas aunque procuraron de tener estas pláticas muy secretas, no lo fueron tanto que no vinieran a noticia de yanaconas que lo descubrieron a Juan Pizarro y a otros de los cristianos. Juan Pizarro no creyó enteramente lo que sobre este caso le afirmaron los que lo sabían, mas, por sí o por no, mandó a los yanaconas que tenían por más fieles que velasen de noche y de día a Mango Inga sin lo mostrar; para que si ciertamente de la ciudad se quisiese ausentar, le diesen aviso de ello.

Pasados algunos días no pudiendo reposar el Inga, con los orejones y criados que le pareció, desamparó su casa, salió de la ciudad en ricas andas, conforme a la dignidad real, fueron con él muchas de sus mujeres, y muchas quedaron en sus casas o palacios e yendo por el camino de Moyna; los veladores cuando acordaron ya era ido, mas como lo supieron lo pusieron en boca de Juan Pizarro, estando jugando a los naipes; sin lo cual un cristiano llamado Martín de Flores, que también lo supo, se lo envió a decir. Tomó su espada y capa, Juan Pizarro, acompañado de algunos cristianos fue a la casa del Inca, donde supo ser cierto lo que le habían dicho; e sin que él lo mandase ni lo supiese estorbar se dió saco a las grandes riquezas de oro e plata e ropa fina que el Inca tenía en su casa, que fue robo notable: mucho de lo cual hubieron los yanaconas. Habíase vuelto a su posada Juan Pizarro, donde mandó a Gonzalo Pizarro, su hermano, que a toda furia, aunque la noche fuese mala, oscura e tenebrosa, fuese en seguimiento del Inca, aperebiendo que saliesen Alonso de Toro, Per Alonso Carrasco, Beltrán del Conde, Francisco del Solar, Francisco Pérez, Diego Rodríguez Hidalgo, Francisco de Villafuerte. Estos salieron encima de sus caballos a todo correr, anduvieron hasta las Salinas, que es media legua de la ciudad, donde comenzaron a alcanzar de la gente que iban con el Inga; a quien preguntaba por él respondían, que por otro camino iba y no por allí. Oyó el ruido encima de las andas, temió los enemigos, echó más maldiciones a quien les dio noticia como habían salido; en esto llegaron Gonzalo Pizarro e los otros a unas angosturas que hacían unas sierras pequeñas donde alcanza-

ron un orejón principal de los que iban guardando la persona del rey: amenazáronle que dijese a dónde estaba o por qué parte iba, negó con constancia la verdad por no ser traidor a su señor. Gonzalo Pizarro con ira se apeó de su caballo y con ayuda de los otros le ataron con un cordel en el genital para le atormentar, como de hecho lo hicieron en tanta manera que el pobre orejón daba grandes gritos afirmando que el Inca no iba por aquel camino. Beltrán del Conde, Francisco de Villafuerte, Diego Rodríguez Hidalgo prosiguieron el camino hacia Moyna pasando por los que alcanzaban, yendo preguntando por el Señor: el cual había llegado a unas ciénagas, y como llevasen ruido los que caminaban con él no sentían el que traían los caballos que ya llegaban cerca de las andas; que con gran miedo salió de ellas poniéndose entre unas matas pequeñas de juncos. Los españoles con grandes voces preguntaban por él, y andando uno de los caballos en el lugar donde se había puesto, creyendo era descubierto salió diciendo que él era y que no le matasen: afirmando, una gran mentira, que fue que Almagro le envió mensajero para que saliese en su seguimiento. Fue puesto en las andas tratando su persona honradamente porque ni aun palabra mala ni descortesía le hablaron (21). Dieron voces a Gonzalo Pizarro y juntos todos volvieron a la ciudad, de donde enviaron mensajero a Juan Pizarro que con otros caballeros había salido por otra parte en busca del Inga. E como volvió reprendió su salida de aquella suerte, diciendo que pagaba mal a Pizarro el amor que le tenía y a los cristianos la honra que le hacían; excusóse con decir que Almagro le envió mensajero; que se fuese a juntar con él y que creyendo que no le dieran licencia había querido irse de aquella manera. Juan Pizarro con toda blandura y gentil comedimiento le amonestó se asosegase e holgase en la amistad y gracia de los españoles: que él bien sabía que Almagro no le había enviado tal mensajero. Pasado esto Mango Inga se fue a su casa; mandó Juan Pizarro a ciertos indios yanacunas que le tuviesen de noche y de día a ojo, lo cual podían hacer porque siempre estaban muchos bebiendo en donde él estaba.

Y puesto que no hubiese podido salir con lo que él tanto deseaba, y cada día cobrase más odio a los cristianos de su amor (?), mayormente habiéndole saqueado su casa y tomádole muchas de sus mujeres, no dejaba de imaginar por dónde podía de nuevo tornar a salir para se poner en salvo. Habiendo dado parte de ello a los familiares y privados suyos, tornó a salir de la ciudad con intención de se ir a meter entre las nieves más cercanas de ella. Y habiendo salido, fue luego avisado Juan Pizarro de los que lo velaban, y le alcanzaron no dos tiros de ballesta del Cuzco; y mostrando mucho enojo Juan Pizarro le mandó meter en hierros, e que lo guardasen cristianos públicamente. De esta manera fue preso, por Juan Pizarro,

21 Aquí concluye *Herrera* su V. 8, I.

Mango Inga; y tengo también que decir que algunos indios de buena manera y razón lo disculpan afirmando que Almagro le sacó gran suma de oro, y que Juan Pizarro le pedía de aquel metal con tanto ahinco que desesperado quiso ausentarse. Algo debe de ser de lo uno y de lo otro, aunque la causa principal era para hacer liga o junta de gente para mover guerra contra los cristianos como se ha escrito (22).

CAPITULO LXXXIX

De cómo matando un español se encastillaron en un peñol los que lo mataron con su cacique; y de lo que pasó hasta que se ganó el peñol

Al principio todas las cosas que no se entienden se tienen por fáciles y ligeras; mas cómo al descubrir lo que vemos aborrecemos lo que era alegre; y así como los indios de acá estaban hechos a servir con sus personas y haciendas a sus reyes y señores, aunque oían que habían de repartir los cristianos entre sí las provincias, no mostraban sentimiento porque les parecía que serían más relevados y no serían maltratados ni agraviados. Duróles poco este contento, fue causa no la maldad de ellos, ni poca razón, como les levantaron los que querían justicia: lo malo que contra ellos se ha hecho, sino los nuestros, por los tener en poco, por la hambre que tenían de plata y oro, y la curiosidad en ser servidos, y acatados y reverenciados; que les diesen sus hijas y parientas y por otras causas muchas que se fueron descubriendo y que Dios todopoderoso, como juez recto y perfecto se lo demostraba, pues tan poco cuidado se tenía de la conversión de estas gentes: donde manó, por estas cosas, que los caciques y curacas hacían grandes exclamaciones, secretamente loaban la gobernación de los ingas, decían que supieron conservar en paz y mantener en justicia muchas tierras; amaban sobre esto romances y cantares; hablaban con el demonio pública y abiertamente; los que eran señalados para aquella religión hacían sacrificios matando ovejas y otras aves para la ofrenda. Aborrecían a los españoles, deseaban matarlos, y verlos divididos para sin riesgo darles muerte. En lo público no manifestaban su pensamiento porque temían, especialmente viendo a Mango Inga en cadena.

Salió del Cuzco un vecino a quien llamaban Pero Martín de Moguer para ir a un pueblo que le habían dado, que creo se llamaba Ansacarro, donde llegó en fuerte ventura porque el cacique, con los indios que le pareció, lo mató e mandó (?) una noche, y aunque pretendieron tener la muerte

22 En *Herrera* V, 8, II: no se mencionan los "hierros".

secreta, no pudieron porque de los mismos indios que fueron con el cristiano volvieron al Cuzco algunos que avisaron a Juan Pizarro de ello; el cual fue a hablar con Mango Inga creyendo que lo había mandado. Negolo, porque no lo mandó ni lo supo. Salió Gonzalo Pizarro con algunos españoles a castigar a los matadores. Habíanse puesto en cobro en un peñol fortísimo por natura, grande, de rocas, no tenía más que una puerta, cercada de muralla, hicieron dentro algunas chozas donde pusieron sus mujeres e hijos. Llegado Gonzalo Pizarro procuró ganar el fuerte, no bastaba mayor poder que el suyo, para ello toman bastimento y agua lo que pudieron llevar; tantos días estuvo Gonzalo Pizarro sobre ellos que les faltó el agua por donde se diesen a pleitesía. Aquella noche cayó tanta nieve que otro día se vieron con más agua que al principio; afirmaban que Dios de compasión que tuvo de ellos se la envió. Avisó Gonzalo Pizarro a Juan Pizarro de la fuerza del peñol y de cómo no podían ganarlo, e salió del Cuzco con más gente e muchos orejones que le ayudasen; porque decían que por ser aquel el primer cristiano que mataban los indios, convenía hacer en ellos gran justicia para escarmentar a los demás. Como llegó, mandó hacer una manta para subir, tiraron tantos tiros y piedras que la rompieron, e hirieron a cinco cristianos y algunos de sus amigos yanaconas. Los del peñol tenían sus velas, cerraban las puertas con piedras crecidas a fuerza de brazos con maromas gruesas e muy recias. Juan Pizarro les amonestó se diesen, no quisieron fiarse de su palabra, y como viese que se pasaba el tiempo sin hacer nada, habló en secreto con los orejones, rogándoles tuviesen tales tratos con los del peñol que él pudiese haberlos en su poder. Los orejones habían venido por mandado del Inca, deseaban que los del peñol saliesen con su intención: no porque ellos mostrasen señal de ello antes respondieron que lo harían. Y dicen que su capitán pudo hablar con los indios del peñol a los cuales esforzó animándoles para que no desmayaran, concertando con ellos que para cierto día, siendo de noche, matarían los caballos de los cristianos, y ellos abajarían a hacer lo mismo de ellos; diciéndolo por otra parte a Juan Pizarro que le habían pedido seis días de plazo para determinar lo que habían de hacer. Un yanacona alcanzó a saber este trato y dió aviso a Juan Pizarro, el cual con mucho enojo mandó quemar al principal de los orejones, enviando a decir al Cuzco al que había quedado en su lugar que amenazaran a Mango Inga por la traición que su capitán y criado intentaba de hacer: Gabriel de Rojas lo hizo así. Mango Inga se excusaba de la culpa que le echaba y estando temeroso no le matasen los cristianos sus enemigos: mandó a un valiente capitán orejón llamado Paucara Inga que fuese a juntarse con los cristianos y les ayudase en todo lo que le mandasen. Así lo hizo. Juan Pizarro le puso por delante el castigo que había dado al otro. Este pues, con mucha disimulación habló con los de lo alto querellándose de los cristianos pues tenían preso a Mango en cadenas, y que por su man-

dado había venido a darles favor contra los cristianos. Alegráronse cuando esto oyeron y más cuando dijo que traía la hacha sagrada del sol para hacer juramento. Concertaron que la noche siguiente volviese con solamente cuatro indios de sus más amigos para que tratasen del modo que tenían para matar a los cristianos que los tenían cercados. Paucar Inga se volvió disimuladamente; vió que había tres puertas entre los riscos e rocas del fuerte peñol, las cuales cerraban de noche con peñas atadas con maromas. Habló con Juan Pizarro que, porque se hubiere bien con Mango Inga, había de hacer una gran hazaña de la cual sería venturoso salir con la vida y que mandase que cuatro cristianos se rapasen las barbas y se vistiesen (23) de mantas y camisetas, untándose con aquella mixtura, que poniéndosela —que sea negro, que blanco— todos parecían indios, para que fuesen con él, llevando secretamente sus espadas, y que él, con los demás cristianos y yanaconas les fuesen siguiendo. Juan Pizarro, confiado de las palabras del orejón por tener al Inca preso, mandó que Mancio Serra, Pedro del Barco, Francisco de Villafuerte, Juan Flores fuesen con el indio a le ayudar en lo que había de hacer; apercibiendo a los demás cristianos que con sus armas estuviesen aparejados para ir con él a la segunda de la noche. Ya habían salido del real el orejón y los cuatro españoles subiendo de yuso de la sierra hacia el peñol con muy gran trabajo por su aspereza, saliendo dende a un rato Juan Pizarro con los españoles para dar favor a Paucar Colla. Los que estaban en el peñol habían unos con otros platicado este negocio; estaban dudosos no anduviese algún trato doble del orejón. Habiales pesado por le haber dicho que viniese la noche siguiente a verse con ellos. Determinaron que ya que le habían dicho que viniese solamente con cuatro indios, que viesen si era así; porque viniendo más los matasen a todos e no pasando de aquel número, abriesen la primera puerta de su tan gran fuerza donde hiciesen quedar a los cuatro que viniesen con el orejón, y abierta la segunda puerta le tuviesen a él hasta ver la hacha sagrada y cómo se hacían los juramentos. Así como lo determinaron lo pusieron por obra, enviando sus espías al camino, los cuales volvieron a decir cómo no venían más de Paucar Inga con los cuatro indios; que ya llegaban a lo alto del peñol, llevando el orejón una hachuela de cobre enhastada en un corto palo donde se hacían los juramentos solemnes por el sol sagrado, y debajo de la manta llevaba una porra. Dió una voz para que entendiesen que estaba allí; salieron de lo alto algunos armados y como entrasen por la puerta dejaron los cuatro cristianos barbarrapados, sin consentir que fuesen adelante; y abrieron la otra puerta, quisieron dejar al orejón. Los españoles estaban temerosos, creían que andaban con ellos en traición; temían la muerte, quejándose del orejón, sin razón; porque como sintió que lo querían detener y cerrar la puerta, echando de sí la manta

tomó su porra, dió una gran voz diciendo: "Viracochas, ucaxamu!" que quiere decir "Cristianos, venid presto!" Ellos lo hicieron así. Había herido algunos indios al orejón con la porra; acudieron muchos diciendo que había traición y tantos dieron de los golpes y heridas a Paucar Colla Inca que cayó muerto en el suelo, implorando el favor de los españoles, en su venganza. Los cuatro con sus espadas animosamente pelearon contra el poder de los indios; ser de noche y estar en lugar tan estrecho les dió la vida. Juan Pizarro con los demás llegaron en su favor; e como viniese la claridad del día, e los del peñol viesan a sus enemigos señores de su inexpugnable fortaleza no así ligeramente se podrá afirmar los clamores, grandes gritos, alaridos temerosos que daban, hombres e mujeres, mozos e viejos, muchachos e niños; y como veían relucir las espadas muchos tomaban la muerte voluntaria, se despeñaban por aquellos riscos, dejando los sesos entre los picos nevados de las peñas; y muchos niños tiernos sin sentir la desventura estando jugando con los pezones de las tetas de sus madres varonilmente se despeñaban, llegando a lo abajo los cuerpos sin almas. Los españoles habían empezado a herir y matar sin ninguna templanza cortando piernas y brazos, no daban la vida a ninguno; los yanacunas hacían lo mismo: el estruendo de los unos y los otros era grande, y mayor la matanza. Muchos de los indios con desesperación, tomando sus mujeres e hijos, haciéndoles cerrar los ojos, se despeñaban con ellos por las peñas: diciendo, más vale morir con la verdad que no vivir en servidumbre de tan cruel gente! Entre estos que se despeñaban se notó una hazaña que hizo un principal de muy buena persona y parecer, que fue vertiendo abundancia de lágrimas de sus ojos, nombrando muchas veces a Huayna Capac, tomó una cuerda recia y muy larga con que ató a su mujer y dos hijos y cinco o seis ovejas y tres cargas de su ropa y menaje, y dándose al brazo dos o tres vueltas con el cordel, cerrando los ojos, vieron que iba despeñándose por aquellos grandes riscos y llevándose tras de sí su campaña, que era gran dolor verlo: y todos ellos se hicieron pedazos. Hartos de matar hombres los españoles entendieron en (24) el robo y hallaron —a lo que dicen— pocos más de cinco mil castellanos, que de consentimiento de todos se dieron a la fábrica de la iglesia del Cuzco, entregándolos a un clérigo que iba allí. Hecho este castigo, Juan Pizarro entendió en asentar los que habían quedado en el pueblo; y hubo nueva como en el Condesuyo habían muerto sus indios a un Juan de Becerril. Con esta nueva determinó partir a castigarlos sin mirar que los indios mataban a sus enemigos, y que si no lo hacían a todos, era por no hallarse poderosos para ello (25).

24 con en el ms.

25 Aquí concluye Herrera su V, 8, II.

CAPITULO XC

De cómo se hizo fundición en los Reyes, y Hernando Pizarro procuró que se hiciese el servicio dicho a su majestad, e de su partida al Cuzco: e salida del gobernador a visitar las provincias septentrionales.

Hernando Pizarro estaba ya en la ciudad de los Reyes, como se ha dicho atrás, mostraba gran deseo al servicio del emperador, representaba los grandes gastos que tenía, y como de todas partes de sus reinos le servían; diciendo más, pues Dios había sido servido que en tiempo de su soberano reinado, por ellos hubiese sido descubierto tan rico reino como el Perú, que tenían obligación a le servir con algún gran presente. Murmuraban de estos dichos algunos de los que lo oían, decían que Hernando Pizarro a costa de sus haciendas quería ganar la gracia del rey, a quien bastaba darle los quintos, pues eran tan grandes, y habidos sin gastar solo un real. Quejábanse también que Hernando Pizarro había dicho que había de traer grandes franquezas e libertades para los conquistadores y no veían nada sino su hábito de Santiago que traía en los pechos; no se trataba esto en su presencia, porque a trueque de dineros no le querían desagradar. Y como Pizarro mandase abrir la fundición, comenzaron a meter en ella grandes partidas de oro y plata. Había hablado a sus amigos para que no rehusasen lo que Hernando Pizarro les había dicho, afirmándoles que el rey les haría a todos mercedes, y aun por ventura les daría los indios perpetuos. En la misma fundición daban, sin los quintos, a mil y quinientos y a mil y a menos, cada uno conforme al metal que tenía dentro; avisando a las más ciudades del reino para que hiciesen otro tanto. En Trujillo murmuraron porque estaba ausente, diciendo que no había negociado sino su encomienda, y hacellos pecheros. Los oficiales que tenían cargo de la hacienda real tenían razón de la suma que montaba lo que se juntaba de este servicio. Llegó en ese tiempo nueva cómo salió de Xauxa un tío de Mango Inga, llamado Tiço que hizo daño en lo de Tarama y Bombon: que tenía por encomienda, lo principal de ello, el tesorero Alfonso de Riquelme; el cual —como le tocaba— habló ahincadamente a Pizarro para que mandase prenderlo e castigarlo. Pizarro sin oír la excusa del Tiço por cumplir a Riquelme, mandó a un vecino llamado Cervantes que fuese a le prender. Súpolo Tiço y apartóse a los Andes a se esconder en la espesura de la montaña, enviando primero mensajero a Mango su sobrino para que en pudiendo salir de entre los manos de los cristianos, hiciese junta de gente para les dar guerra.

Pues como en los Reyes se hubiese hecho el servicio para el emperador, como se ha dicho, Hernando Pizarro habló con el gobernador para que le diese licencia para ir a la ciudad del Cuzco a procurar lo mismo.

Respondióle que era contento y porque tuviese más mano en el negocio, mandó a su secretario Antonio Picado que ordenase una provisión para que fuese teniente y justicia mayor. Escribió a Juan Pizarro la causa que le movía a removelle el cargo, rogándole que por bien lo tuviese; y al cabildo escribió lo mismo. Y puesto que esto fue mucha parte para la ida de Hernando Pizarro al Cuzco con el cargo, tengo para mí ser lo principal temer lo que sucedió, no volviese Almagro sobre la ciudad, pretendiendo caber en su gobernación; e parecióle a Pizarro que estaría la tenencia de ella más segura en Hernando que no en Juan, por ser de más edad y autoridad. Fueron con él Pedro de Hinojosa, Cervantes, Tapia y otros caballeros, de aquellos nobles mancebos extremeños que con él salieron de España, quedando otros en los Reyes, donde fueron bien tratados e favorecidos de Pizarro.

Partido Hernando para el Cuzco, Pizarro determinó de salir de Lima para visitar las ciudades de Trujillo y San Miguel, para ver como usaban sus tenientes los cargos, e si los naturales eran bien tratados, y si procuraban su conversión, como su majestad lo mandaba. Y dejando por su teniente a Francisco de Godoy, caballero de Cáceres, se metió en una nao por ir más breve, acompañado de algunos criados suyos. Salió de Callao, que es el puerto, a catorce días del mes de febrero de 1536 años; y por su persona visitó aquellas ciudades, oyendo algunas quejas, remediando los agravios, favoreciendo a los indios, honrando a los caciques, amonestando a los unos y a los otros se volviesen cristianos; haciéndoles entender la burla que era creer en dioses de piedra y de palo, y en los dichos del demonio: el cual les certificaba era un cobarde, sin fuerzas, tanto que solamente del temor de una pequeña cruz huía; y que lo procurasen ellos y verían cómo les decía verdad. Sin todo esto les decía —con las lenguas— que el sol y la luna no eran dioses ni tampoco demonios sino lumbres resplandecientes que Dios crió para que siempre le sirviesen y diesen lumbré al mundo, y que así cumpliendo sus mandamientos no paraban jamás de noche y día. Y que los cristianos, que eran malos, iban con los infieles al infierno y los buenos a la gloria. Estas cosas decía Pizarro con buenas entrañas y voluntad; porque aun no era llegado el tiempo que por sus pecados y de los que estaban en el Perú, se perdieran estos buenos comienzos por comenzar otros que los guerrearon a ellos mismos, consumiéndolos en miserables batallas que la ciudad (?) acarrió, sin intervenir otra gente que hermanos contra hermanos, primos contra primos y amigos contra amigos; y tanta impiedad hubo entre todos que yo no quisiera hacerme testigo de tan grave caso. Los curacas con los indios se holgaban de oír cosas tan altas; y, si al principio con hervor de cristiandad y dando de sí buen ejemplo les predicaran verdaderamente, muchos estaban en el infierno dando gemidos a las orejas de Dios que se hubieran salvado, aunque también a los tales principios nunca hubo el orden que hay después por no se dejar entender las cosas de veras.

Escribió sus cartas a Quito, Puerto Viejo y a Guayaquil, encargando a todos el servicio de Dios y del rey y el buen tratamiento de los naturales. Pidióle Diego Pizarro de Carvajal la jornada de Lapalupa, e Rugarupa, por donde entró el famoso capitán Ancohalli natural de Chanca por la parte de Moyobamba hacia el levante: graciosamente se la dió, mas por falta de aparejo se dejó por entonces de hacer aquella jornada.

Pasado esto, Pizarro volvió a los Reyes por tierra, daban prisa en hacer la iglesia (26).

CAPITULO XCI

De lo que le sucedió al capitán Alonso de Alvarado en su conquista de los Chachapoyas

Como se juntó Samaniego con Alvarado, como supo lo pasado y que los naturales de aquellas serranías en no querer paz se obstinaban, por hacer lo que era obligado a cristiano, les envió mensajeros, amonestándoles ni sus casas desamparasen ni dejasen de sembrar sus campos por saber su estada en la tierra, que era para provecho suyo e de sus ánimas, y no daño. No bastó estos dichos ni otros para que hiciesen lo que el deseaba, que fue causa que determinó de con todo el real irlos a buscar. Mandó luego a Camacho que con veinte españoles fuese descubriendo el campo y mirando si el camino estaba seguro. Caminaron por la halla de una montaña hasta llegar a un lugar despoblado, de donde, habiendo andado poco más de legua y media, dieron en campaña, mas lleno el camino de unas piedras agudas, que llaman *ceborucos*, peligrosas para los caballos y más para los hombres que van a pie.

Los naturales de aquella región por donde Alvarado iba descubriendo, bien sabían su venida y cuántos caballos y cristianos eran, y habíanse juntado muchos con sus capitanes y mandones, habiendo puesto primero sus mujeres y haciendas en cobro, trataron lo que les sería más sano hacer; determinaron de ofrecer fingida paz a los cristianos para descuidallos que viniesen sin recelo donde, saliendo ellos con tropel, los pudiesen matar. Con este dolo fueron cinco o seis indios con algunas ovejas adonde venía Alvarado y le dijeron que por reverencia de Dios tuviesen dellos misericordia para no dalles guerra ni que las ballestas lanzasen jaras, con la velocidad que ellos sabían, en sus cuerpos, porque querían paz, y así la deman-

26 Este capítulo tiene la cabeza y los pies muy añadidos por *Herrera*, V, B. III (E).

daban en nombre de todos. Alvarado les respondió bien, loando tan buen propósito. Volvieron los indios a dar aviso de lo que habían dicho. Los cristianos marchaban sin parar; cuando llegaron donde aguardaban, salieron con tanta grita y ruido tan temeroso, que parecía vocería de demonios; tiraron algunos tiros; los nuestros se pusieron en orden ni turbados ni espantados de lo que veían; hirieron y mataron muchos enemigos, apretándolos en tanta manera, que aunque para cada cristiano había ciento y cincuenta indios, no los osaron más aguardar, antes comenzaron de huir con mucha pusilanimidad. Iba un español llamado Prado en seguimiento del capitán; un indio le tiró un tiro de piedra con tanta fuerza, que sin aprovechar el casquete e morrión que llevaba, aceriéndole en la cabeza, le derribó del caballo los sesos de fuera. Luis Varela se vio en peligro, porque se halló solo cercado de indios; encomendóse a Dios con cuyo favor milagrosamente se defendió dellos hasta que acertó a venir algunos compañeros que le dieron favor, habiendo muerto siete indios cuando le tenían cercado.

Los indios que escaparon de la guaçabara con los que más se juntaron trataron mucho sobre lo que les convendría hacer para estar seguros de no morir todos ellos; no sabían cual consejo les sería más saludable. Estaba entre ellos un señor, el mas principal, a quien llamaban *Guayama mulos* (27); este les dijo que era locura querer mantenerse con hombres a quien claramente veían ser favorecidos del Sol, y que determinaba de ir a les ganar la voluntad y estar en su gracia. A algunos les pesó cuando esto le oyeron; otros lo loaron; y dejando sus buenas mantas, se puso unas viles, y con una mujer vieja fue al real de los nuestros, donde habló con Alvarado sobre lo que se ha dicho. Recibiólo bien, y así prometió de lo tratar. *Guaman*, que era otro señor su amigo deste, osadamente confiado en la amistad de los españoles, le habló a este con grande enojo y amenaza; Alvarado lo maltrajo por ello, afirmando que guardaría la paz a los que viniesen, aunque hubiesen hecho guerra y muerto a cristianos. Pasado esto, habló Alvarado a este señor rogándole procurase con los señores y principales de la provincia de *Chillao* y de los otros valles que viniesen a buena amistad con los españoles; prometió de los hacer venir y así lo cumplió, provocándolos a ello con palabras que les envió a decir con los mensajeros que envió; y como llegaron a la presencia del capitán, los recibió bien. Supo de ellos mismos cómo el movedor de la liga era (28) uno que estaba entrellos llamado *Guan-damulos* (29), el cual era tirano y muy embaidor, y de consentimiento de todos fue preso y muerto por justicia.

Comenzaron desde adelante a venir muchos indios sin armas a servir a los nuestros. Supo Alvarado cómo cerca de allí estaba un vaile muy

27 *Guayamanil* en *Herrera* V, 7, XI.

28 *con* en ms.

29 *Guayamanil* en *Herrera* V, 7, XI.

poblado llamado *Baguan*. Mandó el capitán a un Francisco Hernández que con algunos españoles fuese a ver lo que era, y como volvió con razón dello, Alvarado salió de aquel lugar y anduvo descubriendo por aquellas partes los pueblos y ríos que había procurando de atraer a los naturales a la amistad de los españoles, estorbando lo más que podía que no se hicieran robos ni daños notables; y así, entre los capitanes que lo han hecho razonablemente con los indios, lo ponen a él en la delantera.

Y como anduviese en esta conquista, llegó a un río grande que corría al setentrion. De la otra parte había muchos indios puestos en armas; envióles mensajeros persuadiéndoles con la paz; no quisieron sino guerra; mandó Alvarado hacer balsas para pasar el río; fueron hechas diligentemente, porque los españoles de acá son para mucho; y como fuese el río con furia, llevóse una de las balsas, pasando peligro los que iban en ella por el río. Fue Pedro de Samaniego con algunos españoles, para dar que hacer a los enemigos por todas partes; llegó cerca de un pequeño río que corría por el valle a un pueblo que después nombraron a *la Cruz*, donde había cantidad de gente de los naturales, de guerra, los cuales, como vieron a los españoles tan cerca de sí, tiraron muchos tiros de honda y de dardo con gran grito que dieron, y sin osar aguardar, se fueron río abajo. Los españoles robaron el pueblo con intención de volver a se juntar con el capitán.

Los naturales, como tuviesen lengua de sus vecinos que los que con los cristianos formaban amistad y alianza los trataban amigablemente y, a los que no, guerreaban hasta los destruir totalmente, determinaron de salir de paz, y así lo hicieron, porque los principales dellos fueron a hablar a Alvarado, y los recibió como solía hacer a los que querían ser amigos de los cristianos; y hacerles entender a todos, cómo en acabando de descubrir las provincias enteramente, había de fundar un pueblo de cristianos, que fuese como el Cuzco o Lima o San Miguel, adonde todos habían de acudir a servir a los cristianos, entre quien se habían de repartir los pueblos e caciques que hobiese. Y como esto hobo pasado, Alvarado movió de allá para el pueblo que dije llamarse de *la Cruz*, donde Samaniego allegó, y (30) aquel día llegó a dormir enfrente dél con todo el real, sin llegar, si no fueron algunos, al lugar, y pasando el río, vino una tormenta de trueno y granizo que nunca tal habían visto. Llegado al pueblo el capitán, se aposentó y supo como había algunos indios de los de aquella comarca, que no venían como los demás habían hecho -a ser ver con él; salieron algunos caballos; hallaron que era verdad, mas estaba el río en medio, que era causa que no les podían hacer mal ninguno; los enemigos les talaban los campos, destruyendo las sementeras, de lo cual pesó mucho al capitán, y envió mensajeros al señor de aquellos indios, para que quisiese ser su ami-

gō. Respondió que le enviase una espada, porque quería ver con qué armas peleaban los cristianos. Envióle Alvarado con un indio una espada que tenía el puño de plata. Holgóse como la vido; determinó de salir de paz a los cristianos, enviando primero un presente de plumas y unas mantas al capitán, y acompañado de algunos indios fue a verse con él, y le honró mucho, esforzándolo en que tuviese buen corazón con los cristianos (31).

CAPITULO XCII

De cómo Almagro envió al capitán Saucedo a castigar los indios que mataron los tres cristianos; y le dieron de presente más de noventa mil pesos; y Vilahoma se huyó, y lo que más pasó

Cuando Almagro supo la muerte que habían dado a los tres cristianos en Xuxuy recibió mucho enojo, mandó al capitán Saucedo que se partiese luego con sesenta caballos y peonés, y que no parase hasta que llegado a aquellas tierras hiciese gran castigo en ellos. Salió Saucedo como le fue mandado; llevaba por guías a los dos cristianos; habíanse escapado, los que se hallaron en matar a los cristianos dichos; hicieron grandes sacrificios a sus demonios, aderezáronse de armas, recelando lo que fue, hicieron por los caminos hoyos hondables, como suelen hacerlos, cubiertos sutilmente con hierba para que el engaño sea encubierto, sin lo cual se fortificaron en un lugar haciendo albarradas y baluartes. Saucedo habiendo caminado con prisa, llegó donde los indios estaban mas no pudo hacerles guerra ni daño, por la fuerza ser grande; no tenían, salvo cercarla, para que no pudieran entrar ni salir: de todo lo cual envió aviso a Almagro pidiéndole socorro. El cual, como lo supo, mandó a Francisco de Chaves que con algunos caballos fuese a lo dar, y dándose prisa a andar se juntó con Saucedo. Los indios, por sus espías, supieron como venían, y antes que se juntasen, sin hacer ruido ninguno, por donde mejor pudieron, se fueron todos desamparando el fuerte. Y habiendo pasado Francisco de Chaves con los caballos, salieron los vecinos de estos al camino e hicieron daño en los yanacas, que robaron parte del bagax, retrayéndose a paso ligero, por huir de la furia de los caballos; que dando alarma revolían sobre ellos. Entendiendo como los enemigos habían desamparado el pueblo, asentaron el real los cristianos en unas arboledas que estaban por bajo de él; estando muy recatados por estar cerca de los xuris, gente indómita, muy valientes, que muchos comen carne humana, y fueron tan temidos de los ingás que no solamente no pudieron ha-

31 Aquí concluye Herrera su V, 7. XI.

ber de ellos amigos, mas por temor de los daños que hacían en las fronteras, había guarniciones ordinarias de gente de guerra; y casi viven como los alarbes. Muchos cuentan de estas gentes especialmente los españoles que andan en la conquista del río de la Plata. Tornó a hacer Saucedo mensajeros al adelantado haciéndole saber lo que había sucedido y cómo los tres cristianos habían sido muertos ciertamente en aquella tierra y que tenía aviso como adelante iban otros tres. Había llegado Almagro a Tapisa, donde alcanzó a Villahoma y a Paullo que habían venido delante y le dieron los indios noventa mil pesos en oro fino, que dicen algunos habían traído de Chile de los tributos de los ingas; y tuvo gran noticia de haber ricas vetas de metales en Collasuyo; y aun se trató de poblar, que fuera otra cosa, pues tenían los pies en la más rica tierra del mundo. Mas a esto respondió Almagro que era poca tierra para tantos españoles, como con él iban; los principales de aquella provincia de Paria con otros caciques de los pueblos de atrás habían venido con Almagro porque se lo mandó: habían recibido mucha honra, los más o todos se volvieron a sus tierras.

Villahoma, como dejase concertado con Mango de levantar las provincias australes contra los cristianos que iban a Chile, porque por aquella vía les parecía ser más cierta la destrucción de ellos, de callada y con disimulación alborotaba los pueblos y lugares por donde andaban, diciendo de los españoles muchas blasfemias para que luego descubiertamente se opusiesen contra ellos; ni los que lo oían tenían ánimo ni él lo pretendía, por temor de que eran muchos los caballos y españoles, mas deseaba ausentarse por juntarse con Mango, y teniendo más fácil matar a los que estaban en el Cuzco que los que iban a Chile; y así pareciéndole que Almagro estaba lejos del Cuzco que no tenía en su mano volver con brevedad, determinó de se huir; como lo pensó, lo puso por obra, una noche que tal no pensaban, llevando consigo algunos indios y mujeres; caminó hacia el Collao, por caminos secretos de los muchos no sabidos, recibiendo por dondequiera que pasaba grandes servicios: porque por la dignidad pontifical del sacerdocio le tenían gran respeto. Por la mañana fue echado menos Villahoma, supose ciertamente como se había ausentado, recibió Almagro enojo por ello, mandó llamar a Paullo, a quien airadamente preguntó cómo se había ido Villahoma, y por qué no le dió aviso de ello. Paullo era muchacho, respondió con temor que no supo nada ni lo entendió; proveyó Almagro que lo mirasen dende delante, porque no hiciese lo que Villahoma, encargándolo a Martiacote soldado valiente natural de Vizcaya. A los naturales de aquella tierra donde estaba, habló con toda gracia, esforzóles con la amistad de los cristianos; partió para se juntar con los capitanes Saucedo, Francisco de Chaves, dejando escrito a Nogueroel de *Ulloa* (32) que quedaba con la retaguarda para que se diese prisa a caminar y a juntar con él. Marchó luego con su gente, llegó

al pueblo de Xuxuy, donde estuvo más de dos meses aguardando a los españoles que quedaban atrás: vino entre ellos don Alonso de Montemayor, caballero principal natural de Sevilla, a quien Almagro recibió muy bien.

De esta tierra fue descubriendo Almagro hasta llegar a Chihuana donde halló a los naturales alborotados y puestos a punto de guerra: mandó a Francisco de Chaves y a Saucedo que fuesen con ciertos caballeros a correr el valle arriba; aprovechó mucho porque como los naturales vieron la ligereza de los caballos, unos por una parte y otros por otra se escondieron todos sin parecer ninguno. Mas dende a algunos días se juntaron mayor poder, con grande esfuerzo, juraban por el sol, alto y poderoso, que habían de morir o matarlos a todos: enviando cuando esto pensaban de ellos mismos para que molestasen y matasen a los yanacunas negros y servidores, que de los cristianos saliesen del real a buscar leña, yerba, paja, o las otras cosas necesarias. Después de haber hecho algún daño, se puso Almagro con algunos caballos en celada para los matar, mas ellos sin recibir demasiado daño le mataron el caballo. Dende a poco volvió a salir con más gente, hallaba los pueblos desiertos, los indios ausentados; parecían sino por encima de los altos y collados donde se ahincaban dando grita que parecía que entre ellos se juntaban algunos demonios, según daban los aullidos roncós y temerosos. Vuelto el adelantado donde fue a buscar los indios, determinó salir de Chihuana dando licencia a los señores de Paria y a los demás para que volviesen a sus tierras. Sería la gente que se había juntado con Almagro ciento y noventa y tres españoles, caballos y peones, llevaba por su maese de campo a Rodrigo Núñez y por su alférez a Maldonado; para llevar el bagax y de servicio llevaban tantos indios e indias que era lástima decirlo, todas puestas en cadenas, sogas y otras prisiones; llevando que les guardasen los tiranos de los yanacunas y negros, los cuales por no andar les daban grandes palos y azotes sin les dar tiempo de tomar huelgo: si alguno se quejaba por ir cansado o estar enfermo, no era creído, ni tenía otra cura que golpes, tanto que perdiendo el vigor y aliento dejaban los cuerpos sin ánimas en las cadenas y prisiones; y no solamente servían de esto, mas en llegando al real luego, así cansados como estaban, les hacían ir por leña, por yerba, paja, agua, todo lo demás que era menester; comían mucha mala ventura; venida la noche hacían una parva de todos, dándoles para cama el suelo y allí les guardaban, y si quería usar de su persona alguno, o de cansado se meneaba, los veladores con el pomo de las espadas o palos les hacían estar quedos a su pesar. Estas cosas y otras más ásperas por mis ojos he yo visto hacer, en esta gente desventurada muchas y muchas veces; a los que lo leyeren, tengan paciencia, pues me acorto en lo que cuento, y aprovéchense de lo leer para suplicar a nuestro señor perdone tan grandes pecados (33).

CAPITULO XCIII

De cómo yendo Almagro descubriendo llegó a unos puertos de nieve donde pasó grande trabajo su gente

Partido Almagro de aquella tierra donde había estado caminó hacia el mediodía lo que llaman Chile, y a cabo de haber andado algunas jornadas llegó a donde estaba una fortaleza pequeña, teniendo gran falta de bastimento y no embargante que aquella comarca sea llana es tan estéril, que falta lo que en otras sobra; mandó salir a algunos de los que llegaron con él que buscasen por todas partes, porque el real todo no era llegado, ni vino hasta otro día. Y como todos estuviesen juntos y fuesen tanta gente, y no hallasen qué comer y ellos trujesen poco, hubo en todos gran tristeza porque sabían que en algunas jornadas no había poblado ni donde haber bastimento; mandó Almagro repartir ciertos puercos que habían reatado y ovejas, rogó a los españoles animosamente pasasen por los trabajos, pues sin ellos jamás se ganaba honra ni ningún provecho. Respondieron que lo harían y así pusieron buen cobro en lo que les había quedado. Salieron de allí caminaron, por unos arenales e tierra estéril y muy triste, siete jornadas: comenzaron a sentir la necesidad, fue causa el mucho servicio que llevaban, que era porque se sentía tanto; subiendo por una quebrada de yuso, toparon un aposento pequeño donde se alojó Almagro, vieron no muy lejos grandes sierras blancas de la mucha nieve que tenían: esparcieron los ojos por todas partes, conocían claro que la sierra prolongaba grande espacio de tierra y que por fuerza la habían de atravesar sin saber su anchura, si era poca o mucha. A no ser el ánimo de los españoles tan generoso y grande como ha sido, creedme que en llegando a tales pasos no siento otra nación del mundo que no rehuyese la carrera, pues parece, bien mirado, temeridad, más que no fortaleza, meterse como se meten en espesos montes, en nevados campos, sin saber cuándo ni dónde se acaban, ni dónde van, ni si tendrán proveimiento o no. Los indios decían que había mucha más nieve de la que ellos podían ver de donde estaban: determinó el adelantado de adelantarse por el propio camino que llevaban con algunos caballos hasta llegar cerca de la serranía, y si le pareciese pasar los alpes; para en llegando a poblado enviar mantenimiento a los que quedaban atrás. Salió la guía con algunos españoles delante, como dieron con la nieve, era tanta que no se parecía camino ni roca ni otra cosa que su blancura, cayendo a la continua copos de ella. Los que quedaron en el real holgaron que Almagro fuese delante, dióles prisa que anduviesen lo más que pudiesen parando poco en los alpes. Pues como partió el adelantado anduvo aquel día con muy gran trabajo hasta llegar a unos tambillos donde durmió sintiendo bien el frío que hacía; y creo me dijeron helgó allí un día

por tener nueva de los que quedaban atrás, y como le alcanzaron algunos prosiguió su camino. El austro ventaba tan recio que ni sentían narices ni orejas, llevando los pies con el carámbano, si alzaban los ojos, quemábaseles la nieve, de la cual caía tanta que era cosa de espanto. De lo alto del puerto al valle de Copayapo había doce leguas, como otro día anduviesen llegó a dormir ribera de un río en otro tambillo al pie de un alpe, otro día dándose mucha prisa anduvieron hasta que salió de aquel tormento tan cansados y fatigados como el lector puede sentir.

Y llegaron al valle y muy bien recibidos de los moradores de él, a los cuales Almagro habló amorosamente, rogándoles saliesen a ayudar a los españoles que venían e les llevasen comida de la que hubiese en el valle: porque él ya haría por ellos lo que le rogasen en otra cosa que les tocase. Con mucha alegría los buenos hombres dijeron que lo harían y salían muchos de ellos con ovejas, corderos, maíz y otras raíces. Habiéndose partido Almagro adelante, como se ha dicho, los que atrás quedaban, pasaban mucha necesidad de bastimentos, y como entraron en las nieves fue mayor la fatiga; los indios lloraban, quejándose de los que les habían traído de sus tierras a morir entre las nieves, los españoles se acuitaban viéndose que ellos si querían andar no podían, aquesta gente de fatiga y ellos de flaqueza; y si no podían y paraban a descansar, quedaban helados; los caballos también iban flacos y maltratados, esforzándose los unos a los otros en decir que presto llegarían al valle de Copayapo. Comenzaron unos a se quedar, muchos indios e indias y algunos españoles y negros, muertos; comían algunos con hambre unos limos (34) que se crían entre lagunas, leña para hacer lumbre no había otra que estiércol de ovejas, unas raíces que se cavan debajo de tierra. Las noches que durmieron en el puerto fueron tan trabajosas, temerosas y espantables que les parecía estar todos en los infiernos. El aire no aflojaba y era tan frío que les hacía perder el aliento. Muriéronse treinta caballos, y muchos indios e indias y negros arrimados a los árboles, hoqueando se les salía el alma; sin toda esta desventura había tan grande y rabiosa hambre que muchos de los indios vivos comían a los muertos: los caballos que de helados habían quedado, de buena gana los comían los españoles, mas si se paraban a los desollar se quedaban como ellos; y así cuentan de un negro que yendo con un caballo del diestro, reparó a unas voces que oyó, y luego quedó helado él y el caballo. Los españoles aflictos, transfigurados, marchaban encomendándose a Dios todopoderoso y a nuestra señora; cuando venía la noche lo mejor que podían armaban sus tiendas entre tanta nieve como sobre ellos caía.

En esto, como conté, Almagro procuró con los naturales de Copayapo que saliesen al camino con refresco para socorrer a los que venían por las nie-

34 *lomos en ms.*

ves, los cuales como algunos saliesen de ellas daban grandes voces, de unos en otros que todos lo sabían, estar cerca del poblado y de campaña que fue para que cobrasen todos corazón y aliento como de hecho lo cobraron. Y como se veían, fuera de los alpes grandes e grandes roquedos nevados, y en tierra alegre y donde el sol daba gran claridad y el cielo con su serenidad se dejaba ver, loaban a Dios por ello, pareciéndoles que en aquel día habían nacido. Acrecentóles el placer el mantenimiento que los indios traían de carne, maíz y otras cosas; como venían desambridos metiéronse tanto en el comer que muchos por falta de digestión enfermaron criándoseles opilaciones en los vientres, poco les duró porque este mal con el trabajo y ejercicio del cuerpo sana; y siendo todos fuera de las nieves, llegaron al valle donde se acabaron de re-formar.

El señor natural de él era un mancebo joven; y al tiempo que su padre murió dejó encomendada la gobernación de la tierra a un principal de sus parientes, el cual como vió muerto, al señor usurpó con tiranía el mando, que no le competía de cuanto el menor fuera de edad, sin lo cual procuraba de lo matar por tener segura su entrada, mas teniendo consejo de algunos de los naturales que le fueron leales, le escondieron donde no pudo efectuar su propósito el tirano; y en entrando los españoles salió a ellos a les pedir favor y justicia por el alto Dios de los cielos. Almagro hizo información deste caso, supo decía verdad, pedía justicia el mozo desheredado, tuvo su favor, mas como le fue devuelto su señorío (. . .)

Aquí también diré como tres cristianos sin lo mandar Pizarro ni Almagro, salieron del Cuzco, adelante de los otros que mataron, pasando neciamente por tantas tierras y tan lejanas de donde había gente de los nuestros. Los indios fueron tan buenos que no les hicieron mal, antes de un pueblo a otro los llevaban en andas o hamacas, proveyéndolos de lo necesario; y como llegaban a la jornada hacían testigos, diciendo: "mirá que os los entregamos vivos, sanos, buenos!" Esta ley era de los ingas, porque se supiesen si yendo unó sólo, los más los matasen donde era, porque si lo castigase, no pagasen justos por pecadores. De este modo anduvieron estos tres hombres hasta que llegaron a un valle, que el señor había por nombre Marcandei el cual les recibió bien, mas habiendo mal pensamiento, determinó de les matar a ellos y a los caballos que llevaban; y, estando durmiendo lo hizo, enterrando los cuerpos y caballos en lugar secreto. Dicen algunos que fueron participantes en ello todos los principales de la comarca, otros dicen que no, mas que después de muertos, como lo supieron, vinieron a se holgar con Marcandei, haciendo grandes sacrificios y borracherías. Almagro siempre preguntaba por estos tres cristianos, haciéndole entender que irían adelante.

Partió de Copayapo, y en tres jornadas llegó a este valle, recibióronle bien con semblante de paz, proveyendo a su gente de bastimento. Andando a buscar los yanaconas y cristiano alguas cosas necesarias, descubrieron

el engaño que tenían encubierto, hallando reliquias de los muertos. Partió Almagro descubriendo, llegó al valle de Coquimbo donde había grandes aposentos de los ingas, hizo la información sobre la muerte de los tres cristianos, hizo mensajero atrás al capitán Diego de Vega que quedó con la retaguardia, que (35) prendiese en un día señalado a Marcandei y a su hermano; y algunos españoles volvieron a Copayapo y prendieron al que primero era señor con tiranía, y se vinieron con ellos a Coquimbo, donde con gran simulación, hizo parecer delante de sí todos los principales, y se prendieron veinte y siete de ellos, a los cuales, con gran crueldad y poco temor de Dios, mandó quemar sin querer oír las excusas que algunos de ellos daban; cuanto más que los cristianos merecieron lo que les vino por querer adelantarse, y mandar como señores en tierra ajena y que les debían poco en ella. Afirmáronme que murieron con grande ánimo, mas esto (36) —por lo que yo he visto— sé que procede de bestialidad. Entre los que quemaron fue uno un orejón, dijo a grandes voces: “Viracocha, ancha misque nina!”; que quiere decir: “Cristiano, muy dulce me es el fuego!” (37).

CAPITULO XCIV

De cómo Rodrigo Orgonez salió del Cuzco, y lo que le sucedió hasta llegar al valle del Copayapo

En lo de atrás me acuerdo que tengo escrito que cuando el adelantado salió de la ciudad del Cuzco, dejó en ella a su general, Rodrigo Orgonez, para que fuese en su seguimiento con la gente que venia de todas partes para ir en la jornada; y siendo tiempo salió, yendo con él, Cristóbal de Sotelo, Oñate, Pérez y otros vecinos. Llevaban buenos caballos y con buen aderezo de servicio, negros, como de otras cosas que son convenientes para los descubrimientos. Por sus jornadas anduvieron hasta entrar en la grande provincia del Collao: teníanles los indios bien, proveíanlos de lo necesario sin recibir de ello paga ninguna, porque acá no se ha usado sino comer a discreción; puesto que estaban estos naturales desaconsejados y mucho, con lo que había amonestado Villahoma. Aguardaban a saber que Mango estuviese fuera de la prisión para clara y abiertamente ponerse contra los cristianos y darles guerra. Por estos pueblos anduvieron hasta que saliendo de ellos dende a pocos días llegaron a la provincia de Topiza, con alguna necesidad de bastimento, que fue causa que convino salir algunos caballos por

35 y en ms.

36 estos en ms.

37 En Herrera V, 10, II.

la tierra con gente de servicio a lo buscar. Andando ocho leguas, en una quebrada estaba cantidad de ganado de ovejas y otros basimentos, mas los indios, cuyos eran, estaban puestos en arma para lo defender de quien lo viniese a tomar: por lo alto de los cabezos tenían puestas muchas galgas para desgargar por los cerros, que con su grandeza y furia matasen todo lo que por delante topasen: Los españoles como no habían salido sino a buscar lo que sabían estaba allí, teniendo en poco los indios ni sus tan crecidas piedras abajaron de yuso la quebrada: los naturales amenazándolos malamente dieron de mano a las galgas, pusieron gran pavor en los nuestros, procuraban de hurtar los cuerpos por miedo que no les encontrasen. Aprovechó a los que se salvaron, mas del todo no pudieron huir, ni dejar de ser hechos pedazos dos de ellos, con que los indios se alegraron mucho, diciendo. "Tomad, ladrones, como lo que os hemos echado!", y otros dichos como estos semejantes. Los españoles habían dejado los caballos algo atrás porque—la tierra por ser fragosa— no eran de provecho, y como se vieron en tal peligro y que no podían hacer daño a los indios, determinó de como mejor pudiesen salir de entre ellos: los indios que conocieron esta flaqueza les apretaron malamente, pudieron tanto que les mataron dos de los cristianos. Los demás con gran ventura, a favor de Dios principalmente, tomaron los caballos y vueltos al real contaron a Orgonez lo que les había sucedido; el cual salió de aquella tierra marchando por el camino que llevaba Almagro, pasando gran trabajo y necesidad: porque los naturales habían alzado el bastimento y no hallaron sino algunas raíces y yerbas campesinas. Llegaron de esta manera a los xuis donde hallaron alguna comida que les fue harto remedio. Venían los caballos cansados, que fue causa que holgaron cuatro días; de aquí fueron a Chihuana, donde pararon para se proveer de comida, y hallaron mucha. Tenían noticia de los alpes de Chihuana, caminaron hasta llegar a un río, que llaman río Bermejo, donde hicieron pan de algarroba que es bueno. Dende a algunos días llegaron a vista de las grandes sierras nevadas, espantáronse de ver tanta blancura, temían el frío que habían de pasar; como mejor pudieron entraron en las nieves encomendándose todos a Dios nuestro señor, caminaban con gran trabajo, el viento era recio; venida la noche era mayor el temor, como mejor podían armaban los toldos. Fue tan grande el frío que se murieron los más de los negros, e indios e indias; y los que escaparon fue con los dedos comidos o ciegos de los ojos. Estando poniendo el toldo Orgonez, de no más de poner la mano en el palo para lo tener, cayó tanta nieve que le quemó los dedos y se le cayeron las uñas, y por días pudó los cueros de todos, como si fuera fuego de Sant Antón. Dos españoles estaban dentro de un toldo de estos, viniendo (38) el austro furiosamente lo arrancó e cayó tanta nieve que los dos españoles con sus indios e

indias que tenían, tomaron aquel lugar por sepultura para siempre, y lo mismo los caballos que tenían atados junto a la tienda. Sotelo (...) también sintieron en las manos el daño que Orgoñez. Espantados los españoles de ver tanta tormenta, rogaron a Dios que los sacase de ella; y con su ayuda, siendo pasados cuatro días, se hallaron fuera de las nieves, dejando muertos los dos españoles y muchos indios e indias e negros, e veinte y siete caballos con sus sillas y aderezos, muchos pertrechos, e lios de ropas.

Los naturales de Copayapo supieron su venida, el señor del valle por el beneficio que recibió de Almagro cuando lo puso en la posesión de su señorío, determinó de honrar los cristianos que venían porque el mismo Almagro se lo había rogado; y así mandó que saliesen del valle muchos indios con bastimento, de que Orgoñez e los suyos holgaron mucho. Volviendo todos al valle con los cristianos, donde fueron bien recibidos y aposentados en los aposentos ordinarios; los cristianos, como habían pasado tantos trabajos en los alpes, determinaron descansar algunos días en aquella tierra, pues los naturales recibían poca pesadumbre con ellos (39).

CAPITULO XCV

De cómo Juan de Herrada (40) salió del Cuzco, llevando las provisiones de Almagro; e lo que le sucedió hasta que llegó al valle de Copayapo donde se juntó con Orgonez

Juan de Rada, mayordomo de Almagro, estuvo en Lima hasta que Hernando Pizarro llegó. Pidióle las provisiones que traía para el adelantado; respondióle que, pues todos habían de ir al Cuzco, allá las daría; y escribiría con él a Almagro, Juan de Rada se quejó a Pizarro, diciendo que sentía de su hermano que no le quería entregar las provisiones, por tanto que le mandase las diese luego; respondióle que en el Cuzco se las daría sin falta ninguna, y habiendo llegado al Cuzco Hernando Pizarro, Juan de Rada recibió las provisiones, y aun dicen algunos que le requirió se las diese. En seguimiento de Juan de Rada salieron Lorenzo de Aldana, el contador Juan de Guzmán, Hernán Gómez, Juan de Larreinaga, Pero Mateo, Picón, Luis de Matos y el bachiller Enrique, y otros hasta cincuenta. Juntáronse con Juan de Rada en los Chichas donde hallaron que iban ochenta y tantos españoles, de pie y de caballo, proveídos de gente del Perú para su servicio. De donde caminaron con mucha necesidad, porque habían los

39 En Herrera V, 10, III.

40 Rada en ms.

naturales alzado todos los mantenimientos; llegados a Topisa tampoco hallaron que comer que fue causa que se les doblare la pena. Una jornada más adelante, salieron por mandado de Juan de Rada, veinte caballos a una parte y otra del camino para ver si por ventura topaban algo: como los indios tenían el maíz en cuevas, los yanaconas que llevaban descubrieron alguno con que volvieron bien alegres. También se halló por otros españoles una manada de ovejas que repartieron por todos. Marchando más adelante, como hubieron gastado esta comida, salió Juan de Rada con algunos caballos a buscar alguna y con diligencia que puso fue a aportar a una quebrada donde los indios tenían alguna puesta en cobro; en lo alto de la quebrada había muchos indios de guerra, fue necesario salir algunos de los nuestros con espadas y ródela a ganar lo alto, mas tiráronles tantos tiros de piedras y dardo que tuvieron por seguro el no pasar adelante, sino antes dar la vuelta donde los caballos estaban. Juan de Rada mandó a los de a caballo se apeasen y abajasen de yuso la quebrada de donde a pesar de los indios, sacarían hasta ciento y tantas cargas de buen maíz con que se volvieron al real, donde anduvieron hasta llegar a una fortaleza donde pararon para salir a buscar bastimento, porque con la pasada de Almagro y Orgonez, quedaba todo asolado, y por no morir de hambre, los naturales en lugares secretos pusieron lo que les quedó. Deste lugar salieron por una parte y por otra, españoles y anaconas, y con su mucha diligencia hallaron algún bastimento. Holgaron quince días por curar de los caballos que estaban flacos, supieron cómo había los puertos nevados y cómo Orgonez estaba en Copayapo. Topaban algunos negros e indios de los que habían quedado cansados, veían estar muchos muertos que era lástima de los ver; determinó Juan de Rada que se adelantara el bachiller Enrique, Luis de Matos y otros dos o tres de a caballo, para que andando a toda priesa llegaban donde estaba Orgonez para que sabiendo de su ida y cómo llevaba las provisiones de Almagro les proveyesen de algún bastimento; y así partieron estos y con harto trabajo llegaron a Copayapo, donde dieron esta relación a Orgonez; el cual se holgó, publicando que el Cuzco con lo mejor de la tierra caía en su gobernación, y acordó de aguardar a Juan de Rada, el cual con los españoles que con él venían padecían mucha necesidad.

Donde los dejaremos para decir de la venida de Hernando Pizarro al Cuzco y lo que más pasó.